



Divinas, la atroz marginalidad.

El impactante debut cinematográfico de Houda Benjamina es un film que a muchos resultará poco agradable de ver, pero enormemente oportuno, incluso necesario. Trata del derecho a la supervivencia, del narcotráfico al que se ven abocados algunos jóvenes que aspiran a salir de la marginalidad, de la amistad femenina solidaria y la desintegración racial en los suburbios de París. Aunque ofrece elementos de un thriller, por encima de cualquier otra cosa prevalece el reflejo social que incomodará a muchos, pero que ofrece miradas imprescindibles sobre importantes problemas de convivencia y estabilidad social.

Los problemas sobre la integración de los inmigrantes de origen islámico, y de otras culturas, merecen una reflexión seria y miradas sensibles y bien intencionadas como la de la joven directora francesa de origen marroquí. En *Divinas* (*Divines*) se toma como eje narrativo una historia de amistad y supervivencia entre dos adolescentes que se sitúan al margen de los programas de integración, de la educación en las valores morales y sociales de la sociedad que supuestamente desarrolla planes de integración, en la cual han nacido pero en la que no se asientan sus raíces culturales. Un problema incómodo, serio, que imprescindiblemente debe salir a la luz.

Pero el film es rico en sus subtextos y clarividente detectando los problemas de

inserción, ofreciendo un mosaico multicultural sobre la vida en un barrio de chabolas donde conviven etnias gitanas, musulmanas, africanas, instaladas en la marginalidad como un virus que anida en pulmones purulentos, con seres que desarrollan fuerzas de atracción y repulsión, de solidaridad y de encarnizada lucha por la supervivencia de los más fuertes, por la imposición de normas que no nacen del derecho ni de la moral, sino de la calle, en la que anidan y se instauran las nuevas mafias de siempre, pero singularmente en el mundo moderno en torno al narcotráfico y sus derivados. No es una realidad inventada para hacer películas de acción al uso, ni ambientadas en los bajos fondos para ser fiel al género, al thriller, ni a una estética de la

marginalidad... aunque el film también lo sea, en cierto modo, la historia se construye hurgando en la realidad sin paliativos, y en los valores positivos, como la amistad, el derecho a la supervivencia, a la dignidad humana... en el derecho mismo a la existencia.

Ni el cine sirve solo para el glamour y la cultura del ocio, ni París es solo el Sena, los Campos Elíseos, el Louvre, la estación de Orsay y los Campos de Marte... Los vehículos eléctricos apenas han supuesto un parche para su viciada atmósfera, de la que respiran millones de turistas que deambulan por sus avenidas, ávidos de experimentar el glamour y el romanticismo de la capital mundial de las artes, de la moda y el refinamiento. Ni los negocios, la política, el turismo, la moda, el arte y la vida cultural son el único epicentro de su actividad... Hay un París que no parece París, pero allí, como en todas las grandes urbes europeas, hay cientos de miles de personas desparramadas en sus submundos, aferradas a su epidermis urbana superpoblando la periferia, generando formas de vida en gran parte desconocidas, entre otras cosas, porque la sociedad se obstina en mirar hacia otro lado, como si la negación de la mirada pudiera equivaler a obviar su existencia.



El valor de la amistad en un mundo sin valores

Dos amigas adolescentes, expulsadas del instituto, llevan una vida marginal, todavía bajo la protección de sus familias, en los suburbios de la capital francesa, entre chatarras, hogares que emergen de los escombros y la suciedad. Ambas amigas han desarrollado ese instinto de supervivencia que las mantiene alertas y además están dispuestas a salir de su mundo de miseria por cualquier camino, por el único camino que ven a su alcance... sin mayor profundidad ni razonamiento, sencillamente, están decididas a hacerse ricas a cualquier precio, o morir en el intento si es

necesario, pues desprecian una vida que, piensan, no vale la pena.



En su camino, una traficante de drogas que lidera los trapicheos clandestinos del barrio, un lugar marcado por el narcotráfico y la coexistencia de diferentes etnias raciales y culturales.

Dounia, de origen magrebí, tiene la determinación y una fuerte personalidad para enfrentarse a cualquier situación. Su mejor amiga, Maimuna, de origen africano, le sigue los pasos para introducirse en el mundo del tráfico de drogas, distribuyendo mercancía y trabajando para la jefa del negocio. Pero en su pequeño mundo aún hay espacio para divertirse, un refugio para sus sueños. Así frecuentan un estudio de danza, donde ocultan su dinero en el emparrillado del techo, y desde allí observan el espectáculo que ofrece el ensayo de los bailarines.



Dounia tiene un encuentro con Djigui, un joven bailarín al que espía secretamente, que le abre una expectativa sentimental para la que parece no estar preparada, que rehuye, tal vez temiendo que los sentimientos puedan debilitarla. Sin embargo para el joven bailarín, la chica se convierte en su talismán...

La subtrama del film queda siempre en un discreto segundo plano, el mismo que Dounia parece conceder al que chico que podría redimirla y reencauzar su vida, sin embargo es más fuerte el sentido de solidaridad y la amistad con Maimuna, su

compañera en la aventura, la extensión de su propio destino.



Un camino sin retorno

La historia de Dounia ejemplifica ese camino sin retorno posible que emprenden los jóvenes que se introducen en el hampa del narcotráfico. El consabido esquema se repite: una vez que eres útil al que ostenta el poder fáctico le debes obediencia y sumisión, no hay callejones de salida, no hay atajos ni senderos de retorno. La violencia es la moneda de cambio, la horma de una forma de vida en la que debes ser más fuerte y más canalla que los demás para sobrevivir.



La película se construye en diversas fases, mostrando el discurrir, la peripécia que lleva a las jóvenes a clamar contra su miseria y buscar a toda costa el camino más directo para enriquecerse, con la falsa esperanza de encontrar la vía para salir de la marginalidad y aspirar al mundo de la gente normal: salir de compras, conducir motocicletas, viajar...



Es un film nacido del clamor por la injusticia social y la ausencia de cauces para

normalizar una convivencia con muchos problemas de inserción cultural. Se ha destacado una frase de Houda Benyamina que habla de este clamor: "*Es mejor hacer una película que poner una bomba*". La frase no debe ser entendida como amenaza, sino como un camino para establecer el diálogo necesario, para abrir puentes y estar abierto a entender sensibilidades, culturas y actitudes diferentes, no necesariamente hostiles.



El final de la película es inquietantemente presentido, como si se tratase del desenlace más natural, necesariamente trágico, en modelos de vida que parecen condenados a callejones sin salida.



La fluida libertad narrativa de Houda Benyamina

Es fácil intuir cuánto hay de reflejo de experiencias propias y un profundo conocimiento de esa realidad subterránea que subviive en París, como en todas las grandes ciudades europeas. Estas cosas no se inventan, solo puede reflejarlas con tanto verismo y crudeza quien las ha vivido desde dentro. Leyendo la biografía que ofrece la wikipedia de la joven realizadora francesa de origen marroquí, escueta información de la que disponemos sobre esta cineasta que debutó con fuerza (premio a la mejor película novel en el pasado festival de Cannes, nominación en los Globos de Oro a la mejor película de habla no inglesa), la

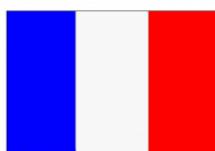
película se comprende mejor. Se entiende bien esos personajes resistentes, enraizados en sus barrios y sus aspiraciones para que nadie los expulse de sus vidas, resistentes, curtidos en la desgracia y en las dificultades de la supervivencia.

La película sorprende, tratándose de una nueva directora, por el equilibrio y la fluidez de la narración, que es ágil sin estridencias ni adornos, eficaz como si de hacer un docudrama se tratase. El guion tiene un arquitectura sencilla, que se recrea en los pequeños detalles necesarios para componer personajes con perfiles de humanidad, alejándolos del arquetipo, comprometiéndose con su misería, en la cual hay destellos de nobleza y solidaridad.



Algo positivo: que no sean invisibles

Significativamente, la película ha llegado a España vía Netflix, sin paso previo por las salas. Un hecho que abre esperanza sobre la utilidad de los nuevos canales on-line para acoger películas con problemas de acceso a las salas comerciales, a pesar de llegar avaladas, como en este caso, por premios internacionales, además del unánime reconocimiento de la crítica internacional.



Título original: *Divines*

Año: 2016. **Duración:** 105 min.

Director: Houda Benyamina

Guión: Houda Benyamina, Romain Compingt

Música: Demusmaker

Fotografía: Julien Poupard

Reparto:

Oulaya Amamra, Déborah Lukumuena, Kevin Mishel, Jisca Kalvanda, Yasin Houicha, Majdouline Idrissi, Bass Dhem, Farid Larbi, Maryama Soumare, Wilfried Romoli, Tania Dessources, Mounir Amamra, Samir Zbrouki, Mohamed Ourdache, Garba Touunkara, Hana Savané

Productora:

Easy Tiger / France 2 Cinéma / France Télévisions

<http://www.imdb.com/title/tt4730986/>

<http://www.filmaffinity.com/es/film672173.html>